

¿Qué implica que busquemos soluciones?

[FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN](#)

ISSN 2683-2917

Vol. 1, núm. 3, julio-octubre 2020

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2020.1.3>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

What does seeking for solutions imply?

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2020.1.3.115>

Óscar de la Borbolla

Universidad Nacional Autónoma de México

Por medio de un breve paseo por los comienzos de las edades de Bronce y de Hierro, el ensayo siembra en el lector el cuestionamiento sobre por qué vivimos en una sociedad que considera que absolutamente todo tiene solución y las consecuencias de esta búsqueda.

Con la inofensiva palabra “comodidad” ocultamos uno de los más grandes prodigios que nos rodean: las soluciones que otros, a lo largo de la historia, han venido aportando para satisfacer lo que necesitamos.

No nos damos cuenta, pero desde el momento en que despertamos y apartamos la frazada que otro fabricó para nosotros, y nos percatamos del techo que otro

puso sobre nuestras cabezas y que nos permitió pasar la noche protegidos del clima y de lo que acecha en la intemperie, descubrimos que, como dice Heidegger, somos con-otros. En el entramado de relaciones está la prueba de nuestra sociabilidad.

Dejar todo dicho con la palabra “civilización” es también una manera de ocultar la maravilla que implica

la comodidad, pues con esta palabra más que manifestarlo, lo que hacemos es ocultarlo, darlo por obvio y no volver a pensar en las comodidades que nos rodean. Y también, ¿por qué no?, en las incomodidades, pues no es fácil ser con-otros.

Intentemos recuperar, no sólo el asombro ante el mundo de artificios en que estamos inmersos dándonos cuenta de la genealogía de cada objeto que tenemos a la mano o la cantidad de trabajo que cada uno incluye, sino también entender lo que está detrás de todo lo que nos rodea: la palabra “solución”. Porque mi cama, mi ropa, mi auto, mi estufa; el grifo con agua corriente y caliente, la bisagra y la chapa y la llave y la puerta son soluciones a problemas. La cama es un objeto que hace más cómodo mi sueño, no es el piso frío y rígido donde podría yacer; y la estufa –qué artefacto más formidable– me permite cocinar los alimentos, calentarlos, hervirlos, pues con sólo girar una perilla soy el amo del fuego, de un fuego que enciendo con suprema sencillez y que está domesticado, con flamas de un tamaño justo.

En algún momento de la historia humana todo eso que hoy está a la mano y es fácil no era posible, sonaba a sueño y a magia.

Todos los objetos que nos facilitan la vida son soluciones ideadas por alguien. Es imposible que salga agua de las piedras y menos a 24 metros de altura, pero sale, quiero decir que en el octavo piso del edificio donde vivo no es un problema sacar agua de la pared. Es también imposible que los alimentos no se pudran transcurridos tres días, pues no se pudren: los meto en el refrigerador y ahí se conservan... En algún momento de la historia humana todo eso que hoy está a la mano y es fácil no era posible, sonaba a sueño y a magia.

Pero no me interesa tanto llamar la atención hacia los prodigios que nos rodean, sino hacia ese impulso humano de encontrar el modo de solucionar los problemas. A la fuerza creadora que subyace en todas las soluciones con las que hemos facilitado nuestra estancia en el mundo y principalmente a la fe en que esa solución se hallará. Me interesa, en suma, que creamos que *hay* solución.

Un convencimiento ciego es el que nos ha permitido salir adelante: la convicción fanática de que “todo tiene solución”, que las soluciones están ahí y que sólo es necesario buscarlas.

El que confiemos en que hay solución supone una premisa que –si se piensa un momento– es muy extraña, un convencimiento ciego que es el que nos ha permitido salir adelante: la convicción fanática de que “todo tiene solución”, que las soluciones están ahí y que sólo es necesario buscarlas. ¿De dónde nos viene esta confianza? ¿Por qué todo *debe* tener solución? Pongamos algunos ejemplos para ilustrar esta confianza: ¿por qué la solución a una enfermedad tiene que estar en la mezcla de unas hierbas o unos minerales? ¿Por qué si es imposible subir unos bloques de piedra que nadie puede cargar, esos bloques terminan subiendo a través de un terraplén y de unos troncos que sirven de rodillos? ¿Por qué si un punto del planeta nos queda insuperablemente lejos buscamos el modo de llegar a él inventando un artefacto que vuela?

En uno de los textos más antiguos de la humanidad: *El poema de Gilgamesh*, el héroe protagónico, tras comprender lo que significa la muerte al perder a su amigo Enkidu, busca una solución contra la muerte:

recorre el mundo y la encuentra en unas raras yerbas que por descuido le son birladas por una serpiente: pierde la solución, pero, aunque sea ficción, la encuentra y lo más importante: la busca. Esa búsqueda que fue objeto del anhelo de los alquimistas y hoy, por una ruta que parecía insospechada, anda cerca de hallarse: me refiero a la investigación genética, a la posibilidad a un paso tangible de que resolvamos la muerte. Si buscamos habremos de encontrar; parece una obviedad, pero no lo es: nos resulta obvio porque tenemos tan inculcada la certeza de que hay solución a cualquier problema que se nos presente. Y por ello, precisamente, la pregunta es: ¿por qué tenemos esa convicción, de dónde nos viene?

Todo parece indicar que la primera vez que nos apercebimos de los procesos químicos fue cuando nos apropiamos de un proceso decisivo para nuestra supervivencia: cuando fuimos capaces de producir el fuego.

En la historia de la química hay una respuesta a nuestra pregunta. Desde que el mundo es mundo ha habido procesos químicos, sin embargo, ¿cuándo fue que nos apercebimos de ellos? Todo parece indicar que la primera vez se dio cuando nos apropiamos de un proceso químico decisivo para nuestra supervivencia: cuando fuimos capaces de producir el fuego, sea golpeando pedernales para que las chispas encendieran unas hojas secas o cuando frotamos una rama contra otra. Sin embargo ya antes, seguramente, tuvimos contacto con el fuego silvestre, el que aparecía de modo natural a causa del rayo o por la combinación del sol y sequía; ese fuego daba calor, servía para ahuyentar

a los animales, permitía cocinar, y había que alimentarlo para que no se extinguiera, había que cuidarlo, impedir que se extendiera, rodearlo de piedras... y ahí se dio el gran hallazgo, el que marca el inicio de la Edad de Bronce.



Diorama que muestra a hombres de las cavernas en la prehistoria. Museo Nacional de Historia de Mongolia en Ulaanbaatar, Mongolia.

Me refiero a la etapa cuando nuestros ancestros por casualidad se percataron de que cuando contenían una fogata con unas piedras verdosas, éstas se derretían y se transformaban en cobre, una sustancia que resultaba maleable y con la que podía hacerse bisuterías o adornos (existen toda clase de dijes que se remontan a esta época); sin embargo, por ensayo y error, sin proponérselo, sin buscar, pero sí percatándose, cuando el cobre se combinaba con otras piedras que contenían estaño se daba una aleación más resistente: el bronce. Unas piedras se volvían otra cosa. A diferencia de las puntas de piedra que por el uso se volvían romas e inservibles, el bronce podía afilarse de nuevo. El hallazgo representó una revolución para la guerra; los ejércitos armados de bronce resultaron invencibles: ¿qué podían palos y piedras, contra

las espadas de bronce? La hazaña más importante de este tiempo fue la Guerra de Troya.

Y otro momento decisivo fue cuando pasamos a la Edad del Hierro; este nuevo metal necesita, para fundirse, una temperatura mayor a la que da una fogata; hace falta un horno, construir o excavar un horno y no basta la leña, se necesita carbón y, además, introducir oxígeno en el horno mediante un fuelle. La aleación que se obtiene con esto es el acero. No me interesa la superioridad bélica del acero frente al bronce, sino resaltar nuevamente que, para la experiencia humana, unas cosas se transforman en otras y que las soluciones están en las cosas que están ahí, en la naturaleza y en nuestra capacidad de idear algún procedimiento. Así, la certeza de que aquí podemos hallar la solución si nos esforzamos lo suficiente se ancló en nosotros. Somos precisamente la especie convencida de que todo puede resolverse.

En el fondo todas las cosas son lo mismo, o sea, hay un elemento básico que las compone a todas. Esta idea funda la ciencia, la filosofía, el conocimiento, en una palabra: la episteme, y es la piedra angular de nuestra confianza en que todo tiene solución.

Si unas cosas se transforman en otras: si las piedras verdes con fuego mutan a bronce, si otro tipo de piedras, más carbón, más un fuego más intenso dan acero, se ha descubierto en la práctica la explicación de por qué el árbol se vuelve cenizas con el rayo, los

seres humanos en cadáveres, el niño en viejo, el gusano en mariposa. Esto ocurre porque en el fondo todas las cosas son lo mismo, o sea, porque hay un elemento básico que las compone a todas. La idea de la unidad de lo real fue formulada por primera vez por Tales de Mileto en su conocidísimo fragmento: “El principio de todas las cosas es el agua”. Esta idea no fue una ocurrencia nacida por generación espontánea, sino la suma acumulada de la experiencia humana. Esta idea funda la ciencia, la filosofía, el conocimiento, en una palabra: la episteme, y es la piedra angular de nuestra confianza en que todo tiene solución. Esta fe es la que nos ha vuelto buscadores, investigadores: una especie convencida en que todo tiene solución. Una especie esperanzada que, en efecto, ha obrado prodigios. Cada nuevo descubrimiento, cada solución aportada remachan el valor de la certeza que nos funda. Somos los que resuelven problemas, primero y antes que nada, porque creemos que los problemas son solubles. —



Grabado sobre la Edad de Hierro (detalle), ca. 1890.